

JULIO ALEJANDRE CALVIÑO

Héroes, tumbas y libros perdidos

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

MADRID

A Maruchi.

LA LISTA DE SALAZAR

La Revista hispano filipina de Asia y el Pacífico nació poseída de gran rigor científico y espíritu innovador. La editora y alma máter de esta publicación tan singular fue la doctora Anne Pau y su primer número fue muy celebrado en algunos círculos historiográficos, e incluso mereció una reseña elogiosa en las páginas culturales del diario La voz de Manila, que a la sazón estaba a cargo de don Dionisio Montesdeoca, catedrático de historia antigua en la Universidad de Santo Tomás. Pero, pese a las expectativas tan halagüeñas que la revista levantó, su vida fue efímera y no llegaron a editarse más que unos pocos números, y aun estos con escasa difusión y alcance limitado. Su desaparición está ligada, al parecer, a la caída en desgracia del mecenas de la iniciativa, el gobernador general de Filipinas, marqués de Peña Plata, a quien los sectores más conservadores acusaron de ser demasiado transigente con los independentistas tagalos.

Comoquiera que fuese, el último número de la revista estaba dedicado a los viajes que navegantes españoles y portugueses realizaron por el Pacífico Sur con intención de explorarlo; y entre los varios estudios y documentos que incluía hay un artículo que resulta de un interés incuestionable, ya que en él viene a narrarse nada menos que la historia de la desaparecida nao Santa Isabel, una de las que componían la expedición de Álvaro de Mendaña en su segundo viaje de descubrimiento de las islas Salomón.

La Santa Isabel se había extraviado del resto de la flota en mitad de un temporal, durante la madrugada del 8 de septiembre de 1595, víspera del avistamiento de la primera isla del archipiélago de Santa Cruz, al sureste de las Salomón, y a pesar de que Mendaña dispuso que se patrullase en su busca por término de varias semanas, no se halló rastro alguno de ella y finalmente se la dio por naufragada.

Pues bien, el artículo en cuestión incluye lo que parece ser copia facsímil de un relato, escrito por un presunto superviviente, sobre las peripecias de dicha nave. En una breve pero bien argumentada introducción, la doctora Pau no se atreve a calificar al documento de verídico por miedo, confiesa, a que pierda credibilidad, pues todo lo que se anuncia como tal está, por el mero hecho de ser anunciado, bajo sospecha de no serlo. Se limita a destacar su carácter extraordinario e indicar que obedece al espécimen de manuscrito hallado, si bien, tal

vez por omisión involuntaria, no menciona su procedencia. Y si hubo alguna posibilidad de subsanar tal laguna, los acontecimientos de aquel agitado momento de la historia se encargaron de impedirlo, pues muy poco después de editado el número a que nos referimos sobrevino el desastre del 98 y el subsiguiente cambio en la administración de las Filipinas, a raíz del cual se perdió todo registro documental de la doctora Pau y cualquier otra iniciativa editorial que pudiera haber emprendido.

El contenido del relato se ofrece íntegro a continuación, tal y como aparece publicado en la revista.

* * *

Antes de que el buen Dios se apiade de mi alma y, llamándome a su lado, quiera librarme del castigo que estas malas fiebres tercianas me infligen, tócame en justicia dar cuenta, pues que acaso ningún otro pueda hacerlo, de la desventurada historia de la nao Santa Ysabel, que zarpó del puerto de El Callao el día ocho de abril, en el año de Nuestro Señor de mil quinientos noventa y cinco, junto con otras tres más al mando de don Álvaro de Mendaña, a quien Su Católica Majestad había otorgado, junto con el título de Adelantado de las islas de Poniente, una capitulación para poblar y colonizar las Salomón, aquellos territorios que pudieren descubrirse más al sur, y hasta la propia Tierra Austral si llegare a ser encontrada.

La historia, es decir, de la segunda nao Santa Ysabel, pues sabido es que la primera desgracióse durante una escala que hacíamos para completar abastecimiento y dotaciones en el puerto de Cherrepe, aún sobre las costas del Perú, suceso al que se remonta el origen de tanto infortunio como luego padecimos, pues ocurrió que el Adelantado, viéndose en la necesidad de procurar otro navío que la sustituyese, puso los ojos en uno de reciente fábrica y sólido porte que, procedente de Panamá, vaciaba a la sazón el contenido de sus bodegas en el puerto, y, valiéndose de la autoridad con que había sido investido, lo expropió a su armador, el sacerdote Alonso de Firenza, contra un pagaré que prometía la entrega, a la vuelta de la expedición, del duplo del valor de la nave confiscada.

El religioso, sintiéndose objeto de un expolio, intentó primero oponerse con súplicas y protestas; mas luego, entendido que hubo la esterilidad de cualquier resistencia, encolerizado y a grandes voces elevó un ruego a Nuestro Señor para que la nao nunca llegase a salvamento. Y aunque tan terrible oración no le devolvió la posesión de su barco, por lo pronto tuvo el efecto de atemorizar a no pocos de nuestros colonos y tripulantes hasta el punto de que algunos de ellos llegaron a desertar, y para sustituirlos, don Álvaro ofreció a los marineros del navío

expropiado la posibilidad de continuar enrolados en él y unirse a la expedición, ganando así la oportunidad de alcanzar riqueza y tierras.

Pocos fueron los que se animaron a engancharse, pero entre estos pocos contábase Salazar.

Era hombre alto y desgarbado, más viejo que joven, con el pelo y la barba poblados de canas, unos ojos overos a los que debía su aspecto trastornado y una voz profunda que, a pesar de su acento extranjero, se dejaba escuchar con facilidad. Veterano en el oficio de marear y de natural inconforme, gustaba de hablar sobre desdichas y solía esgrimir sentencias y profecías para demostrar sus razones; no siendo así de extrañar que, al poco de su alistamiento, hubiérase ya granjeado antipatías entre la tripulación y el pasaje. Ni causó tampoco gran sorpresa que fuera castigado con el látigo y una semana de arresto en la bodega a resultas de un lance desafortunado que tuvo con don Juan de Aguilar, el maestre de infantería, hombre fanfarrón, ofensivo y peleador a quien habíamos aprendido a evitar los que ya lo conocíamos.

Y fue al término de su arresto cuando, desde la oscura soledad de la bodega, emergió con el anuncio de una premonición que dijo haber tenido, según la cual sólo unos pocos en la nave, cuyos nombres tuvo Salazar el capricho de consignar en una lista, lograrían sobrevivir a la funesta providencia de aquella expedición. Hasta qué punto creía sus propias palabras, es algo que nunca se supo; tal vez la idea fue inducida en su fantasía por la maldición del de Firenza, o bien informada en su corazón por el ánimo de venganza contra el maestre y la oficialidad que con tanta ligereza habían juzgado sus actos, ya que ninguno de aquéllos figuraba en la lista. Pero el caso es que, no obstante la superstición generalizada de la gente, pocos lo tomaron en serio ni prestaron gran atención a su profecía, pese a que él, para acallar las burlas de que fue objeto, porfió en su revelación poniendo a Dios por testigo y haciendo firmar la lista por varios terceros como salvaguarda de que no sería alterada.

Quién por darle satisfacción, quién por discrepar, lo cierto es que algunos rubricaron la nómina y con ello zanjóse el tema, quedando así olvidado durante largas semanas. Al menos, al principio, en tanto fuimos en bonanza hacia poniente y la travesía discurrió sin más tropiezo que unas pocas desavenencias entre los principales ni más novedad que no fuera el descubrimiento, al mes de navegación, de unas islas de regular tamaño a las que el Adelantado bautizó con el nombre de Marquesas. E incluso también más adelante, cuando se sucedieron numerosas singladuras sin que avistáramos ni las ansiadas Salomón, ni rastro de otra tierra alguna en el vasto océano, y sólo los más pusilánimes dieron en hablar de volver atrás para no arriesgar la vida. Pero no sería hasta después, cuando nos descolgamos del resto de la expedición, ya fuera por accidente o de propósito, que eso nunca se supo, y cuando el calor, la escasez y las enfermedades empezaron, inmisericordes, a cobrarse muertes, que regresaría a

nuestras memorias el recuerdo de la lista de Salazar.

La Santa Ysabel, que venía navegando rezagada del resto de la flota, se descolgó definitivamente de ésta durante una noche muy oscura, de fuerte viento y lluvia pertinaz, en la que algunos juraban haber visto una luz que era como de un fuego ardiendo en la lejanía, y no faltó quien quisiera relacionar este prodigio con la maldición que se había pronunciado sobre la nao. El vendaval nos azotó con fiereza por término de tres días y, cuando amainó, nos hallábamos solos en todo cuanto alcanzaba la vista, sin que hubiera en la mar rastro alguno de las otras naves, y así habríamos de continuar a pesar de que, a lo largo de varias jornadas, navegamos sin rumbo cierto por ver de encontrarlas.

En vista de esta circunstancia, los oficiales se reunieron en la cabina del capitán, don Lope de la Vega, y deliberaron durante varias horas sobre lo que había de hacerse; o más bien discutieron, pues desde cubierta alcanzábamos a oír voces gruesas y frases destempladas, gritos y hasta algunos golpes recios. Al finalizar el parlamento, don Lope salió al castillo y nos anunció la determinación que habían tomado de emprender el regreso al Perú, y seguidamente el capellán, fray Gonzalo de Saavedra, ofició una misa para elevar al Altísimo los rezos, ofrendas y rogativas de todos los presentes en súplica de una travesía venturosa.

Sin embargo, pronto comprendimos que nuestras verdaderas desgracias no acababan sino de empezar. Para bien o para mal, el caso es que no emprendimos el tornaviaje según la única derrota hasta entonces conocida, descubierta por el ingenioso marino don Andrés de Urdaneta, que consistía en navegar primero hacia el norte en busca de las latitudes templadas donde sopla el monzón de verano y, una vez hallado, valerse de este viento para alcanzar la costa americana; sino que, por el contrario, pusimos rumbo al sur a instancias del piloto mayor, un portugués de nombre Sebastián Valiero, quien persuadió al capitán de que la ruta habitual resultaba demasiado larga para las provisiones que nos quedaban y no garantizaba un regreso venturoso. Según afirmaba Valiero con gran convencimiento, al sur encontraríamos los mismos vientos constantes sin necesidad de ir hasta el hemisferio boreal a buscarlos, con lo que ahorráramos muchas singladuras.

Pero tal ruta nunca hasta entonces la había seguido barco alguno de Su Majestad y la noticia causó una gran preocupación y miedo entre los tripulantes, pues si habíase descartado, por azaroso, continuar navegando hacia el poniente, en solitaria búsqueda de las Salomón, y arriesgado era emprender el tornaviaje de Urdaneta, esta nueva alternativa parecíanos temeraria además de incierta.

Y así se le hizo saber a don Lope a través de dos embajadas que lo buscaron: la una a cargo del capellán, en representación de la marinería y los pasajeros, y la otra de Fernán Velasco,

oficial de infantería, que le transmitió las protestas de muchos de sus camaradas que, desde un primer momento, no habían confiado en las razones del piloto al proponer la ruta y lo acusaban de judío traidor y de servir a intereses contrarios a los de Su Católica Majestad.

Mas no hubo manera de hacerlo cambiar de opinión, pues tenía gran fe en la experiencia y conocimientos de Valiero, que había recorrido las costas de África y cruzado el océano Índico desde el cabo de Buena Esperanza hasta Ceilán y las islas de las Especies, en los dominios que fueron de la corona de Portugal. Así, la Santa Ysabel puso proa al sur y con este rumbo navegó unas pocas jornadas, hasta que la mala ventura quiso que el viento que nos llevaba fuese a morir en una cálida región de calmazos donde nos quedamos estancados, con el trapo colgando lacio en las vergas y sin una brisa que nos impulsara.

El húmedo bochorno que allí reinaba acabó por hacerse insoportable, un gran abatimiento nos embargaba a todos y no hallábamos modo de aliviarlo, porque si en cubierta nos achicharrábamos cual mojama puesta al sol, en los sollaos, y hasta en las bodegas, el aire tornóse pestífero y asfixiante, siendo la tortura aún peor. Y no era el calor nuestro único castigo, ya que para paliar la mengua en las provisiones se echaban a menudo las redes, pero con tan mala estrella que la única ocasión en que recogimos una buena captura, los peces resultaron tener ciguatera y, a causa de ella, muchos a bordo enfermaron con vómitos y grandes dolencias que costaron numerosas vidas.

Y fue en esos días cuando Salazar, que parecía haberse olvidado de su profecía merced a las admoniciones del capellán, fray Gonzalo, salió con el anuncio de que ninguno de los hasta entonces fallecidos figuraba en su relación de supervivientes; y, como si tal coincidencia fuese ya prueba incontestable de que el augurio se cumpliría en su totalidad, empezó a pasearse victorioso por el barco, dándose golpes de pecho y ufanándose de que Dios estaba con él y lo respaldaba.

Este nuevo despertar del asunto de la lista, por ser como simiente caída en corazones abonados por el desánimo, prendió a bordo con fuerza y no tardó en llegar a oídos de los principales, quienes, de momento, nada hicieron ni dijeron, si no fue el maestro, que increpó con acritud a Salazar llamándolo apocado y gafe, arguyéndole que la coincidencia era fácil, pues aún la mayoría estábamos vivos, y tildándolo de tramposo porque en su relación no había incluido más que a hombres recios, endurecidos en las tareas de la mar y la guerra, que en cualesquiera condiciones tendrían más oportunidades de sobrevivir, y por tanto qué premonición era esa, preguntaba, que distinguía con tan buen juicio. Pero, a pesar de las sensatas razones de Aguilar, fueron pocos quienes tuvieron entereza bastante para no sentir desasosiego por el mensaje de Salazar, y muchos los crédulos que se dejaron influir por él; sobre todo

después de que el bachiller Montalvo, que había estudiado matemáticas y gustaba de hacer cálculos, advirtiese que la coincidencia no era tan sencilla como el maestro había dicho, y que antes se lograría una generala doble en el cubilete que acertar por casualidad con la designación.

A partir de estos acontecimientos, la lista de Salazar dejó de ser, en el ánimo de muchos, la fantasía de un iluminado para convertirse poco menos que en un designio divino, y el tema se adueñó de las conversaciones y de no pocas voluntades; cosa natural, por otra parte, estando como estábamos no sólo aislados del resto de la humanidad y, de consiguiente, ajenos a toda otra noticia o suceso que pudiera distraer nuestra atención, sino además confinados en los escuetos límites de un navío, donde todo cuanto acontece se queda dando vueltas, cociéndose en su concavidad como en una marmita. De ahí que ya no se hablara más que de aquella nómina en la Santa Ysabel.

Fue además, fuente de disputas acaloradas y a raíz de las cuales el capitán decidió tomar cartas en el asunto. En presencia de todos mandó llamar a Salazar y le exigió que entregara la cuartilla, la rompió en pedazos que arrojó por la borda y, a indicación de fray Gonzalo, decretó prohibición absoluta de hablar sobre ella y sobre el vaticinio que contenía, so pena del castigo de cepo. Pero estas prevenciones, que de haber sido adoptadas en su debido momento acaso habrían surtido efecto, fueron ahora en vano, porque circulaban ya por la Santa Ysabel otras copias de la lista y eran además muchos quienes la conocían de memoria.

Al fin regresaron los vientos y pudimos salir de aquel húmedo infierno, siguiendo rumbo al sur hasta bien sobrepasado el trópico de Capricornio, donde en efecto encontramos los ponientes predichos por Valiero, que, impulsándonos con viveza, nos permitieron poner proa hacia el Perú.

Para entonces, navegábamos ya en unas condiciones de miseria tan grandes que poco espacio nos dejaron para celebrar tal circunstancia. El calor había corrompido el agua potable, que se racionó a dos cuartillos diarios por cristiano, cantidad insuficiente hasta para la dotación, cuanto más para los pasajeros; la galleta estaba agusanada y revuelta con las cagarrutas de las ratas; y de la misma manera el resto de los víveres se agotaron o echáronse a perder; de modo que, a pesar de la aprensión que había generado el primer envenenamiento por el pescado, lanzábamos de continuo las redes y curricanes por ver de procurarnos algún alimento. Pero la mar aparecía estéril y sin vida, si no eran los tiburones, que seguían nuestra estela de muerte, pues raro era el día en que no arrojábamos un nuevo cadáver por la borda, amortajado en un saco de vela. En fin, a qué extremos de hambre no llegaríamos si, para escapar de la inanición, muchos comíanse a las propias ratas, el cuero del calzado o incluso el cáñamo de la jarcia y cabuyería.

Estas escaseces trajeron aparejadas algunas enfermedades, en especial la peste del mar, que hace crecer las encías hasta provocar la caída de los dientes y que causa dolor en los huesos, gran flojera y postración, consumiéndose en lenta agonía quienes la padecen. También se cobraron algunas vidas las fiebres tropicales y la disentería, provocada por beber el agua putrefacta de las pipas; y por esta razón muchos se aplicaron a destilar la de mar en improvisados alambiques, echando mano para ello de todo el combustible que podían conseguir, incluso a costa de arrancar la tablazón de las cubiertas, a pesar del fortísimo rigor con que eso se castigaba.

Pero ya nadie obedecía las órdenes si no era con la amenaza del látigo o los mosquetes, y, a medida que se disipaban las esperanzas de alcanzar el continente, aumentaba la anarquía; en especial desde que murió don Juan de Aguilar, responsable de mantener la disciplina a bordo. Defunción que, por cierto, resultó muy significativa, pues el hombre a nadie había sido indiferente; en parte porque sus innegables virtudes de valor y probidad le granjearon tantas fidelidades como odios cosecharon sus notables defectos, pero también porque fue quien de modo más agrio y abierto se había burlado de la profecía de Salazar.

Aparte del maestro, la muerte, que no respeta jerarquías, se llevó también a dos capitanes, dos alféreces y un sargento de infantería, más el contramaestre, el barbero, que hacía de cirujano, el capellán y hasta el propio don Lope de la Vega.

Según recuerdo, al alba del día en que nuestro capitán habría de morir divisamos un extraño atolón, tan somero y pequeño que no hubo certeza ni acuerdo sobre su naturaleza hasta que nos hallamos a un cable de distancia: aparecía como una franja arenosa circular que sobresalía apenas un palmo del nivel del mar y dejaba dentro una pequeña laguna. Pero, a medida que nos acercábamos, desapareció por completo de nuestra vista, engullido por las aguas como cosa de magia; y aunque no se trataba más que de un efecto de la marea, no faltaron quienes quisieron ver en él un signo aciago del destino que nos habría de alcanzar. Por eso el piloto mayor, Valiero, salió al paso de los comentarios arengando a la gente de esta guisa: “alégrense vuestras mercedes porque si no hubiese amanecido a tiempo de verlo, estaríamos ahora encallados en el arrecife”.

Cuando a la tarde de esa misma jornada murió don Lope, Valiero lo sucedió en el mando, y como primera medida intentó reorganizar a la tripulación, convocándonos a todos y repartiendo los cargos más necesarios entre quienes aún estaban con fuerzas para ocuparlos, si no fue a Salazar, a quien, pese a ser uno de los que más enteros se conservaban y más voluntades podría ganarse, no quiso asignar responsabilidad alguna.

El bachiller Montalvo, que era bueno para apuntes detallados y tenía una cabeza fácil para

los números, fue nombrado sobrecargo, y como primera tarea el capitán le encomendó hacer un recuento de los fallecidos, pues al parecer don Lope venía obviando, desde hacía varias semanas, realizar las preceptivas anotaciones en el cuaderno de bitácora, tal como recogen las ordenanzas de la Real Armada. Retomábase este trámite, explicó Valiero, no por capricho administrativo cuando había otros y más graves problemas a que atender en la nao, sino por no ceder otro paso más ante la anarquía y la desesperanza, de las que nada bueno podía derivarse, así como para dar formal aviso, una vez de regreso en el Perú, a los familiares de los que hubieran muerto; a quienes, además, habría de entregar el Tesoro los salarios y soldadas debidas. Y a estas razones añadía el capitán una última, de orden más piadoso que material, aunque no por ello menos importante, con la que pretendía, sobre todo, insuflar un poco de moral entre los que íbamos quedando, y esta era la de dejar constancia, siquiera escrita, del nombre e identidad de cada cristiano, ya que no había en este océano inmisericorde tumba, hito o señal alguna que recordase su paso por el mundo.

Para llevar a cabo el cometido, todos a bordo fuimos llamados a la cubierta principal, y el bachiller, relación en mano con las ciento ochenta y dos almas que salimos del Perú en la Santa Ysabel, pasó revista para verificar y completar las defunciones. Cada vez que, desde la toldilla, nombraba a alguno de los presentes, el aludido contestaba, pero si se trataba de un ausente, cualquier otro que lo hubiese conocido debía anunciar o confirmar su muerte, y Montalvo hacía una marca junto al nombre para elaborar, después, la minuta completa. Acabado que hubo, resultaron en total ciento tres fallecidos; y, al anunciar la cifra, se hizo un silencio profundo entre los setenta y nueve que quedábamos, mirándonos unos a otros y leyéndonos el pensamiento, que era común aunque nadie lo expresara, ni siquiera el mismo Salazar; a saber: que las diecisiete personas de su lista seguían todas con vida, lo cual resultaba cada vez más difícil de atribuir a la casualidad y más fácil de aceptar como disposición del destino.

De este modo fue cómo la inocente tarea de actualizar y reanudar las anotaciones del libro de bitácora encomendada al bachiller dio lugar a una segunda lista, la de Montalvo, que en cierto modo vino a corroborar la de Salazar y ratificar su naturaleza fatídica. A resultas de ello, el ambiente de superchería que ya despuntaba en la nao se estableció con carácter definitivo y, lo peor de todo, vino a crear entre el personal una marcada separación en dos facciones antagónicas que, andando el tiempo, se convirtieron incluso en hostiles; una separación que terminó por enfrentarnos unos a otros y que, por último, habría de determinar el trágico desenlace de esta historia. Por un lado, estaban quienes prestaban fe al vaticinio de Salazar, que eran casi todos los incluidos en su lista y aun no pocos de los excluidos, pues algunos eran tan simples que daban por segura su perdición y abandonaban la voluntad de luchar, renunciando a salvarse; por otro, quienes nos resistíamos a creer en el sino marcado por aquel, que

oponíamos nuestra voluntad a la providencia y nos esforzábamos, si no en arribar la Santa Ysabel a un puerto seguro, sí al menos en mantenerla a flote y continuar vivos.

Muchas singladuras habíamos hecho así hacia el este, soportando con estoicismo los rigores mencionados, sin haber hallado más tierra que el atolón que se tragó el mar, cuando un amanecer nos mostró el horizonte poblado de oscuros nimbos que fueron echándose sobre la nao a lo largo de la mañana, acompañados por un viento recio que, por momentos, se tornaba cascarrón. En vista de lo que se avecinaba, a la tarde el capitán ordenó arriar paño y estarnos a la capa; y antes de que se hiciera de noche nos vimos ya en mitad de un temporal que habría de resultar para nosotros devastador, y durante el que a punto estuvimos de zozobrar más de una vez. Pero la providencia lo dispuso de otra forma, y dos días más tarde amainó el oraje, dejando a bordo un panorama de cuerpos entecos, extenuados al límite de su resistencia, y, sepultados bajo las aguas, los cadáveres de quienes fueron barridos de cubierta por los golpes de mar, o quienes por otra causa perecieron durante esos días.

Nos encontrábamos entonces a una latitud de veinte y ocho grados, pero ignorábamos nuestra longitud, ya que con las pobres e imprecisas cartas de aquella región del Pacífico, carentes de referencias o detalle alguno, no había manera de calcularla, así que sólo de manera aproximada pudo don Sebastián Valiero aventurar que debíamos hallarnos cerca de las Islas Desventuradas, el archipiélago que Hernando Magallanes descubriera en su viaje a través de aquellos mares. Y fue esta estimación lo último que nuestro segundo capitán hizo en vida, pues en tal afán lo halló la parca.

Para entonces muchos otros, entre ellos el bachiller Montalvo, habían perecido también, así como las pocas mujeres y niños que iban a bordo, si no fue una Cipriana Martínez, gallega viuda de un colono de Paita, robusta como una mula y con tantas o más agallas que cualquier hombre.

Desde que se hizo presente en la Santa Ysabel, la muerte no nos dio tregua un solo día, como no fuera a los diecisiete de la lista de Salazar, a quienes el destino burlón se empeñaba en seguir respetando contra todo lo razonable. De hecho, constituían ya mayoría sobre el puñado de almas a que habíamos quedado reducidos, así que no es de extrañar que su cabecilla resultara designado para suceder al capitán cuando nos reunimos todos, huérfanos de autoridades como habíamos quedado, para decidir quién habría de comandarnos. A Montalvo lo sustituyó un servidor, y como nada se dispusiera sobre continuar el registro de defunciones que realizaba, yo mismo me adjudiqué esa tarea, pues no me parecía bien que cometido tan pío se abandonase por simple dejadez.

El mismo día en que Salazar tomó la responsabilidad del mando, como si fuera una señal

divina de beneplácito por su nombramiento tuvimos la estrella de subir las redes colmadas de peces, de modo que durante varias jornadas comióse pescado a pasto franco e incluso pudo ponerse parte de él en salazón para el resto de la travesía. Tal ventura se celebró con gran alegría y los hombres se felicitaban unos a otros por haber escogido en tan buena hora al nuevo capitán.

Sin embargo, no tardó en manifestarse lo desafortunado de la elección, pues Salazar se descubrió como hombre apedernalado y arbitrario, cuyo deseo por ver cumplida la profecía lo obsesionaba hasta la iniquidad; un ladino que intentó torcer los renglones del hado e intervenir en asuntos que sólo a Dios competen, preservando en lo posible a sus elegidos y asignando al resto los quehaceres más expuestos e ingratos, como ocurrió con Gaspar López, el grumete más joven, que cayó desde un penol cuando en él faenaba y se despanzurró sobre cubierta; o bien castigándolos con dureza y encono si su capricho le dictaba que habían faltado a las ordenanzas, cual fue el caso de Avellán, el calafate, que pereció a resultas de los latigazos recibidos por mostrar su disconformidad con las órdenes de Salazar.

Al ocaso de un día, tras semanas de malhadada navegación, avistamos tierra por la banda de estribor. Ninguno de los que quedábamos a bordo estábamos en condiciones de aventurar una idea, siquiera aproximada, sobre su posible identidad, pero desde la distancia, y a medida que nos acercábamos, aparecía como una isla inhospitalaria, batida con fuerza por el oleaje y peligrosa incluso para intentar aproximarse. Aun así, cuando estábamos como a dos millas de distancia, el capitán decidió buscar en ella alguna rada practicable o un ancón desde donde poder botar la chalupa y bajar a tierra para explorarla y procurarnos algún alimento o, al menos, agua. Pero, como ya se hacía noche, nos estuvimos al paio hasta el día siguiente.

Era apenas el galicinio cuando, casi a oscuras y bajo un viento persistente que no había dejado de soplar desde la tarde anterior, comenzamos a maniobrar el aparejo; pero iba ya bien avanzado el día sin que hubiésemos encontrado aún en la isla el lugar propicio para recalar. Al fin, impaciente, el capitán ordenó entrar a una ensenada atravesando el encalladero que su boca presentaba, pero lo precipitado de la maniobra y la impericia de Salazar fueron tales que ocurrió lo inevitable, y la Santa Ysabel vino a embarrancar en las rompientes de la broa, a tres cables de su playa rocosa. El planchazo abrió una vía de agua y hubimos de abandonar el barco botando la chalupa y bogando en ella hasta la orilla.

Cuando al fin pisamos tierra habíase puesto el sol, así que aquella jornada no cumplía hacer otra cosa más que intentar dar todo el descanso que pudiésemos a nuestros fatigados cuerpos. Sin embargo, quien más, quien menos no pudo sustraerse a la desazón o evitar agitados sueños fruto de haber comprendido, libre ahora la mente de faenas inmediatas, lo desesperado de nuestra situación: verdaderos náufragos en aquella isla solitaria del Pacífico, con seguridad

baldía, sin saber dónde nos hallábamos ni qué sería de nosotros.

La isla no mediría, en su distancia mayor, más de una milla. Toda su vegetación eran unos matojos rastreros y afilados, parecidos a las aulagas, que estando secos daban buena llama. Estaba poblada por unas aves de considerable tamaño y gran envergadura que se dejaban aproximar y matar a garrotazos sin emprender el vuelo, lo cual, al menos, nos garantizaba el alimento; pero a cambio no hallamos venero ni curso de agua alguno, y toda la que pudimos encontrar era la que las lluvias habían almacenado en unas pozas naturales que había en el suelo rocoso, a uno de sus extremos. Un lamentable cuadro hacíamos el puñado de espectros enfermos, desnutridos y zarrapastreros a que habíamos quedado reducidos: tan sólo los diecisiete de la profecía de Salazar, más otros ocho.

Esta triste división entre, por así decirlo, bienaventurados y condenados, que nadie había establecido de manera explícita, si no fue la voluntad de Dios merced a su insistencia en llevarse sólo a quienes no habían sido incluidos en el censo irredimible, habíase convertido en una realidad que casi ninguno discutía; de guisa que cuando nos vimos allí arrumbados, cabe aquellas pozas, formábamos ya dos bandos indiscutibles; y algunos de los partidarios de Salazar no podían evitar, bien se conocía en sus miradas y actitud, una sensación de culpabilidad: la que tendría cualquier buen cristiano cuya su salvación dependiera sólo de la muerte del prójimo. Pero los dados estaban echados y cada uno no podía sino intentar sobrevivir, fuera a costa de lo que fuese.

Durante las jornadas que siguieron se dispuso rescatar y traer a tierra, en la chalupa, todo cuanto de útil pudiera hallarse en la Santa Ysabel, antes de que afondara o bien la desguzasen las olas, o se la llevara una tempestad. Si resistía lo suficiente, ya veríamos más adelante de intentar repararla para abandonar con ella nuestro cautiverio en aquella isla de la Impaciencia, que así la bautizamos.

De cualquier modo, el mero rescate se reveló, de por sí, una tarea más ardua de lo que habíamos previsto, pues la distancia entre la playa y la nave varada exigía bogar con denodados esfuerzos, y el sortear las rocas de la rompiente incrementaba la dificultad y nuestra fatiga; de manera que fuéronse varios días sin que hubiésemos apenas realizado unos cuantos viajes, corriendo además el albur de destrozar la chalupa contra las lajas y malograr así cualquier atisbo de esperanza. Por otra parte, cada día la Santa Ysabel amanecía un poco más escorada, el abordaje se tornaba arriesgado y dificultábase la labor. Pero, con todo, lo que más dilataba la empresa era que Salazar, ofuscado por el afán de ver cumplidos sus auspicios hasta el final, quería preservar de cualquier riesgo a los suyos y era opuesto a que participasen en las expediciones de rescate, de suerte que tan sólo una parte de la fuerza humana disponible se

empleaba en este trabajo. Y es que a ese extremo habíamos llegado ya: el grupo de los desventurados reducido a un estado semejante a la esclavitud, tal si de negros de la Guinea se tratase; y sólo a la fuerza o bajo amenazas se cumplían las órdenes del capitán, respaldado por sus más adeptos y por las armas, que estaban todas bajo su custodia.

En una de estas faenas de rescate andábamos cuando mi amigo Martín Hurtado, soldado viejo, inútil para las cosas de la mar pero buen compañero de fatigas, resbaló sobre los palmejares de la nao un día que estaba la mar picada, se golpeó la crisma contra las rocas y fue arrastrado por una ola, desapareciendo bajo las aguas.

Acongojados, rezamos por su alma una oración y, mientras lo hacíamos, yo no podía dejar de pensar que esta muerte constituía un paso más hacia el cumplimiento de la profecía de Salazar, haciendo que todos la concibieran ya como inexorable. Y fue esta idea la que me impulsó a rebelarme contra aquel destino falaz e impostor y poner, como fuese, fin a la miserable y desesperanzada existencia que arrastrábamos.

Así, encendido por la rabia de haber perdido al amigo, hablé a los hombres que conmigo estaban, aprovechando sus también agitadas emociones, para convencerlos de que nuestra única salvación residía en hacernos a alta mar en la chalupa; y que debíamos hacerlo enseguida, sin más preparativo ni un instante que perder, pues se daba la circunstancia de estar allí, en aquel momento, cuantos nos oponíamos a Salazar. Nada había en la isla que debiésemos recoger, nada que pudiera sernos necesario a bordo si decidíamos partir. Llevaríamos con nosotros las últimas provisiones existentes en la nao, que eran un barrilete mediano de pescado en salazón y otro de agua dulce, y haríamos rumbo al este, manteniéndolo siempre, pues de ese modo no podíamos menos que encontrar, tarde o temprano, la costa del Perú. De todas formas, preguntéles, ¿no estábamos acaso todos, tanto los unos como los otros, destinados a enfrentarnos a una muerte cierta si nos quedábamos en aquella isla?

La incredulidad que mostraron ante mis palabras y sus protestas sobre cómo íbamos a sobrevivir con tan escasos bastimentos a los días de navegación que pudieran quedarnos, si es que una tormenta no daba al traste con nosotros, hicieron flaquear mi convicción durante unos momentos, pero la muerte de Martín Hurtado hacía hervir la sangre en mis venas y de ahí saqué las fuerzas e inspiración para persuadirlos con toda la elocuencia de que pude hacer acopio. Y aceptaron.

Sin demora pusimos manos a la obra, nos apertrechamos lo mejor que pudimos y, una hora después, bogábamos ya con fuerza para salir de la barra hacia mar abierto. No tardamos en escuchar los gritos y protestas que, al comprender nuestra maniobra, nos dirigieron quienes quedaban en tierra, que incluso hicieron algunos disparos. Pero en vano. Allí quedaban: un

puñado de hombres sobre las rocas, sus figuras recortadas contra el cielo; y yo, encaramado sobre la regala y asido con firmeza a un obenque, despedíme ellos alzando el puño, enviando al aire el desafío que les arrojaba con mi pensamiento: ¡que escogiese ahora la providencia quién habría de sobrevivir, que escribiera el infame Salazar un nuevo catálogo de elegidos entre quienes se acogieron a la vil superstición, que se pelearan como perros por el agua de las pozas o trabajaran como forzados para alcanzar su salvación, que enfrentaran, en fin, su propia ventura, porque nosotros enfrentaríamos la nuestra; y que Dios nos asistiera a todos!

Cuando hubimos sobrepasado las rompientes, izamos la vela y ganamos un viento que nos permitió alejarnos veloces y perder pronto de vista el último peñasco de la isla de la Impaciencia. No faltó durante el resto del viaje un poniente fresco que nos impulsara hacia nuestro destino, ni encontramos una mar embravecida que se cebara con nosotros; pero durante muchos días navegamos por un océano inacabable e inclemente que agotó nuestras reservas de agua y alimento y nos dejó por último a merced del hambre, la fatiga y la desesperanza.

Llego ya al término de mi historia con el espíritu afligido por el pesar, abrumado por el recuerdo de la tragedia. Uno a uno, por extenuación física y espiritual, fueron falleciendo mis compañeros de desdicha: Pedro Cifuentes, que era de Málaga; Cipriana Martínez, la esforzada gallega, la última mujer sobreviviente; Joao Neves, de Setúbal, en la tierra de Portugal; Antonio Betoni, arragocés de Sicilia; un Francisco Echeverría o Echevarría, vizcaíno; y por último Hernán Salcedo, mi más querido camarada, natural de Extremadura. Veíalos yo morir sin poder hacer nada sino rezar por sus pobres almas y, maldiciendo mi nombre, encomendar la mía desdichada al Señor, pues parecíame que era yo mismo quien los entregaba a la muerte.

Cuando al cabo de muchas singladuras, tantas que aún hoy me parece imposible, envióme el cielo la merced, o el castigo, de avistar por fin una larga franja de tierra que abarcaba casi todo el horizonte, no quedaba en la chalupa otro tripulante más que yo, Dámaso Balcárcel; yo, el renegado, el único de los fugitivos cuyo nombre figuraba en la lista de Salazar.